

la forma en que pone a Italia frente a Alemania, mejor dicho, frente a Goethe, lo mejor y más puro de la Alemania eterna. Su definición de Italia como «un pueblo de calculadores ardientes» es justísima dentro de su aire paradójal. El diálogo de Stendhal con Jacob Burckhardt nos parece uno de los pasajes más intensos de la obra. «Ya sabe usted que es una necedad positivista hablar del atraso de los países latinos... Posiblemente, en el norte haya algunos hombres más sabios, pero no existe una multitud tan espontáneamente refinada», y luego donde Picón-Salas dice «multitud» podría también leerse «pueblo». La historia cultural moderna se estremece ante el grito de ese misterioso potencial humano — que no es posible captarlo con un método sociológico positivista o materialista — y que constituye esa ascensión terrible y decisiva del «pueblo». Pueblo que no es «masa», ni «sociedad» ni «plebe», ni siquiera «proletariado». Es sencillamente el «pueblo» — como algunos románticos, entre ellos los hermanos Grimm — supieron intuir, y que en España se nos revela actualmente en su santo origen, exhumado y palpitante. Tal fuerza cósmica sabe también desentrañarla Picón-Salas en su evocación de Praga — que tuvimos la suerte de recorrer juntos con el corazón en suspenso — y cuyo arte y cuyo fervor religioso surgen de la áspera y dulce alma checa como una emanación que expresa la unidad de la voluntad humana en el perpetuo descubrimiento de sí misma. Picón-Salas ha escrito un hermoso libro substancial en que la virtud de su serena inteligencia se une a una emoción sutil y madurada. — H. DÍAZ-CASANUEVA.



TIEMPO AUSENTE, poemas por *Jerónimo Lagos Lisboa*.

Hace varios años apareció un libro de versos titulado «Yo iba solo». Su autor era un joven ilusionado y triste: *Jerónimo Lagos Lisboa*. Versos apacibles de un alma buena y noble.

Pasó el tiempo, acaso veinte años, y este poeta no volvió a publicar otro libro. Sin embargo, en las revistas, en las antologías el nombre de Jerónimo Lagos se encontraba con frecuencia. Seguía escribiendo. Pero eran sólo algunos amigos los que disfrutaban de su poesía sana y nítida. Permanecía extático, agua cristalina en remanso. Es que Lagos Lisboa pertenece a ese grupo de poetas que no tuvo apremio en publicar libros: Jorge González Bastías, Carlos Mondaca, Magallanes Mourc. Poetas para los cuales el arte es una expresión del momento espiritual, antena de la emoción. Sus versos quedan vibrando en una hoja de papel, dentro de un amplio cajón que los custodia, como el alma a los recuerdos. Un día una mano amiga los recoge, venciendo resistencias del poeta.

Así, Jerónimo Lagos. Fué la exigencia del editor lo que lo hizo abandonar su silencio de más de veinte años. Y nos dió su libro «Tiempo ausente».

El agua del remanso se ha convertido, como él mismo lo dice, en «diáfano raudal», del que podrán ahora beber los que gusten de la limpidez de su verso sencillo.

A través de estos poemas, Lagos Lisboa nos muestra un espíritu sereno, pero no exento de inquietudes:

«Volcarse quisiera mi espíritu en todo.
Mi sombra es la hermana triste de la luz».

(«Ceniza viajera»).

Esta inquietud lo induce a introspeccionarse, para encontrar las raíces de su tristeza: «Los latidos de muchas ansias he recogido—y hay congojas profundas apretadas en mí». Pero sin duda—piensa—todo proviene de otras vidas vividas, influencias acaso del seno materno:

«Antes que Amor tus valles celestes conociera,
y almendra amarga, madre, fuera en tu cáliz, yo
fui un súbito fracaso de sol en primavera.
Está desde ocho siglos, ciego mi corazón.

«Muros de aquel castillo, boca de la princesa
que el dragón de la muerte no me dejó alcanzar.
Ya he vivido otras vidas con la misma tristeza.
La palabra no dicha me anocheció al hablar».

(«Ya he vivido otras vidas»).

Este poema termina con la voz doliente, desde el fondo de su ternura fracasada: «Mi soledad no tiene para quien florecer».

Junto a estos paisajes espirituales, hay en el libro algunos hermosos motivos de color poblano, brillantes pinturas de ambiente, como «Las misas inefables»:

«¡Aquellos domingos!
Las mañanas eran campesinas frescas,
floreados vestidos—percalas, satín—
enaguas crujientes de almidón... Bastaban
agua clara y polvos para ser bonita;
para olvidar penas, simple toronjil».

Encontramos luego un grupo de romances bien conseguidos: «Juan María y el viento», «Perquilenco», que dice en una parte:

«Fué allá Ciriaco Contreras
vengador más que cuatrero:
reses de marcas ilustres
pan de muchas hambres fueron.

Y toronjil de doncellas,
hazañoso o marrullero
en una prendió abalorios,
en otras colgó herederos».

Después vienen dispersos, poemas de la emoción, recuerdos, lejanos llenos de suavidad, que nos remontan a la adolescencia soñadora. «Ante un retrato», es un bello poema que nos hace pensar en Magallanes Moure. Tiene la misma delicadeza de este otro poeta de las emociones apacibles, de la quietud inquieta, poeta de alma blanca:

«La luz que te grabó en la cartulina
la suavizó tu idealidad lunar.
¡Tienes los ojos tristes, pueblerina!
Al ver tus ojos se presiente el mar».

Y más adelante:

«Por el cristal de la ventana aquella
bajó una estrella y se veló el hablar.
Mi corazón, tu corazón, la estrella,
desde esa noche caminando van».

Cerrados los ojos a la brutalidad de la vida actual dispersadora de ensueños, recordamos estos versos, y nos invaden ansias de serenidad. Valioso tesoro el de este poeta, que ha sabido conservar un alma pura y cristalina en medio del vórtice pasional moderno, para cantar a la «Amada inextinguible». Con delicadeza de espíritu evolucionado, es capaz de sugerirnos grandes pasiones, pero siempre dueño de esa gracia especial que ennoblece todo lo que toca:

«Sentí el rumor de sus azules venas...
 La ungué en pasión, y al deshojar su pecho,
 quedó un lánguido aroma de azucenas
 mordidas por el viento sobre el lecho».

(«El viaje»).

Hemos recorrido el libro de este poeta con verdadero goce. Hemos vivido esa vida pasada, cuyo sabor lo encontramos sólo después de haberla vivido. «Tiempo ausente» es un poemario que podríamos llamar blanco o rosa. Ajeno a toda influencia ultramodernista, sin pretender seguir el nuevo cauce, que en realidad no es el suyo, puesto que su generación—valiente innovadora en su época—dejó el paso a la nueva generación, a la nueva juventud, henchida de arrestos, pero que también pasará... Jerónimo Lagos ha deseado sincerarse con su emoción, que es la emoción única. Las formas se truecan, varían; pero el sentir, el goce, la tristeza son eternos. «Tiempo ausente» envuelve algo más que recuerdos de emociones. Es la actualización de esas emociones—hoy casi olvidadas—que antaño nos sacudieron el espíritu y tanto aproximaron a nosotros al poeta.

Jerónimo Lagos Lisboa ha cantado en el verso permanente, el verso que no tiene época. Es el verso del alma. Su libro es un bello libro, donde encontramos múltiples trozos admirables, en un sentido proporcional, cuidadosos en forma y fondo, saturados de esa belleza que nos conquistará siempre frente a un paisaje, un árbol, una montaña; llenos de esa ternura que quisiera desbordarse de nosotros junto a la mujer amada.

Bastarían estas cualidades para colocar a Lagos Lisboa entre los verdaderos poetas del sentimiento.—ARMANDO ARRIAZA.

